

EL DIARIO DE MURCIA

DIRECCION: CALLE DE SAN NICOLÁS, 22.

PERIÓDICO PARA TODOS.

PRECIO: CUATRO RALES AL MES

LA VELADA DEL CASINO.

Hubiera querido que toda Murcia hubiese podido ver anteanoche el gran salon del Casino y asistir á la velada literaria y musical que allí se verificó.

Hay aquí la creencia de que en el Casino todo se hace con lujo, con esplendidez, con buen tono; pero esta creencia no llega á la realidad.

El Casino, él mismo, en pocos años, ha hecho lo que otras corporaciones no han conseguido en siglos, elevarse á la categoría de una institucion.

Lo digo así, terminantemente, y en pocas palabras, porque tengo poco espacio de que disponer, y no quiero de ningun modo escasear una alabanza justísima á esa sociedad.

Todas, todas las juntas directivas, vienen cooperando al engrandecimiento del Casino; y por eso á la actual le ha tocado bajar un poco mas alto que las demás, como, en efecto, ha ra, lo.

Esta Velada ha sido el acto mas solemne de las fiestas. La han honrado con su presencia lo que no es posible enumerar de hermosas mujeres; porque no bastaba el salon para contenerlas; espaciábase la vista por todos lados, y no se saciaban los ojos de ver hermosura. ¡Vamos, daba gusto ser soltero!

La junta directiva, multiplicándose en todas partes, por medio de los señores Conde de Roche, Trives, Xambó, Madrigal, Sandoval y todos sus individuos, hizo todo lo que pudo para colocar debidamente á las señoras; pero ya decimos que faltaba espacio para ello. Los obsequios de flores, preciosas cajas de dulces, helados y refrescos, realmente se repartieron con tanta profusion como puede hacerse en un palacio real. Muy bien, muy bien, por el Casino y por la junta.

No quiero decir nada de los poetas y literatos que leyeron composiciones; soy uno de ellos, soy amigo de todos y parecería la alabanza interesada. Nuestros lectores las verán en este número y juzgarán. Sí que debo dar gracias á D. Lopez Gisbert y á D. Antonio Arnao, maestros eminentes en literatura, que han tomado parte con nosotros en la Velada, honrando el acto y honrándonos á todos.

¿Pero y de las mujeres? ¿Y de las artistas y poetisas?

¿Qué no se merece esa encantadora Julia Guerra cuando con sus delicadas manos arranca al piano dulcísimos y melodiosos acordes, ó se empeña en probar su dominio sobre las teclas, y la facilidad con que vence las mayores dificultades? Merece un aplauso público de admiracion, por eso lo consigno aquí.

Las dos preciosas cartageneras Ana y Ro-

sario Lopez Peñafiel, que son las dos hermanas como un duo vivo, como la melodía de la risa y la sonrisa, como Abril y Mayo por su edad, como un alma en dos corazones de artista por su sentimiento y amor al arte, como dos palomas y un arrullo; de estas dos señoritas, cantando la una y sintiendo lo que cantaba, tocando el piano y tocándolo magníficamente la otra, ó haciendo hablar, cantar versos, á las cuerdas del violín, que parecia animarse, recostado sobre el pecho de la Rosario y sensibilizado por sus dedos de rosa; de estas dos distinguidas señoritas

en cuya frente serena,
por la blanca espuma impreso,
llevan al amante beso
de aquel mar de Cartagena;

de estas dos artistas, solo diré que las proclamaría hijas adoptivas de Murcia.

De Eloisa Perez Pimentel, que es el verdadero nombre de la poetisa que firma sus sentidas poesías con el de María Yarmouth, solo diré que tengo el orgullo de haberla presentado á la sociedad murciana, que tengo por honor grandísimo el haber publicado sus primeros versos; que hizo y leyó una composicion, por la que fué saludada, como inspirada poetisa, con los aplausos del público y con manifestaciones entusiastas y tan autorizadas como las de los Sres. Gisbert y Cañete, haciéndome este último la exigencia de que publique el verdadero nombre de la poetisa, como lo hago, porque, añadió el ilustrado crítico, «será un nombre glorioso para la poesia.»

La señorita, la hermosa niña, hija de D. Juan Tamayo, es un junto de alboradas; es la aurora de una mujer, por su edad; es una esperanza para el arte; es una promesa de felicidad que se vé ha hecho Dios con ella á sus padres. Acompañó en el piano al violinista D. Sixto Hernandez.

De los profesores de música debo por gratitud hacer especial mencion.

El eminente pianista D. Luis Mondejar estaba allí y tocó, con los Sres. Puche y Ramirez, a piano, armonium y violin el Trio de Gounod. No hay que decir si fueron aplaudidos.

D. Sixto Hernandez, tambien murciano, es un gran violinista y un gran profesor, de los que por ahí, por donde van, honran á esta ciudad como madre de artistas.

El acto terminó con una discreta improvisacion del Sr. Gisbert, improvisacion con honores de discurso, en el que probó haber meditado sobre las obras de Saavedra Fajardo, en las que dijo habia encontrado como idea fundamental la nobilísima del amor de la patria. Dijo tambien que iría á la Academia, que le habla nombrado su representante en estas fiestas, á

decir, con tanto orgullo como satisfaccion, lo que Murcia habia hecho en el Centenario del gran escritor murciano.

El Sr. Conde Roche y el Sr. Cañete, leyeron poesías de Saavedra Fajardo; dos preciosas composiciones que bastan ellas solas para añadir el laurel del poeta, á los que de filósofo, político, moralista ó historiador ornaban la frente del autor de «Las Empresas».

La velada terminó después de la una. Repito lo que dije al principio, el Casino, lo mismo por la monumental carroza que condujo los restos, como por la magnífica Velada que reseñamos, merece un voto de gracias del pueblo de Murcia.

Sí, sí, sí!

LAS COMPOSICIONES.

Señoras, gala gentil
y orgullo de nuestras gentes,
niñas puras é inocentes,
flores de nuestro pensil;

Académicos famosos
dignos aun de más honores,
literatos, profesores
tan sábios como virtuosos;

Artistas, hermoso coro
de los poetas murcianos,
mis amigos, mis hermanos,
honra de Murcia y decoro;

Junta ilustre del Casino,
que reunes con tu poder
al arte y á la mujer
aquí en abrazo divino,

y, por Murcia, dando ejemplo
de un patriotismo sin tasa,
has elevado esta casa
á los honores de templo;

Niñas, que orilla del mar
de las naves españolas,
con el rumor de las olas
aprendisteis á cantar,

que en vuestra frente serena,
por la blanca espuma impreso,
llevais el amante beso
de aquel mar de Cartagena;

Egregio Mantenedor
de tanta empresa gigante,
tú que haces que el vate cante
y eres el agitador

de proyectos sobrehumanos,
con cuyos potentes bríos
siempre has honrado á los míos,
es decir, á los murcianos;

Tú, pianista sin segundo,
murciano de alto renombre,
que te has labrado tu nombre
ya famoso por el mundo;

Poetisas, alma del alma,
dulce imán del sentimiento,
que en la lucha del talento
ya habeis ganado la palma;

Yo, en nombre de la ciudad
siete veces coronada,
en nombre de Murcia amada,
llena de felicidad,

os deseo la paz alma,
os doy un viva infinito,
os aplaudo, os felicito
y os abrazo con el alma...

—
Cuando llega una ocasion
de honor, como la presente,
se escribe lo que se siente,
lo que dicta el corazon.

Si á la cima, á la colina,
no llega mi fantasía,
como nuestra alma es poesía,
y esta es de Dios, es divina...

Vibra en tal aire la lira
yendo de la gloria en pos
que su eco llega hasta Dios
y viene Dios y la inspira.

—
Hoy, á los trescientos años,
sucede una cosa rara;
creo que el tiempo se para
como enmendando sus daños;

y se para en el momento
en que de un hombre inmortal
se hace mansion sepulcral
la pila del nacimiento;

cuando lo que de él quedò
es tampoco á destruir:
no hay polvo con que escribir
ni la fecha en que nació.

Pero hoy, en honroso ejemplo,
su pueblo le resucita;
le dá por tumba bendita
su mejor hermoso templo;

le honra con mil desagrayos;
cubre su tumba de palmas;
está vivo en nuestras almas
y alabado en nuestros lábios.

Ah! de sus restos mortales
siempre perdidos y expuestos,
honra de él y nuestra, estos...
estos son sus funerales.

Cubre las fúnebres losas,
no el paño de luto y gualda,
sino alfombra de esmeralda
con mil millones de rosas;

Y es el bendecido incienso
tanto raudal de poesía,
y el de la huerta que envía
de su pebetero inmenso.

No hay aquí nada casual;
todo esto lo ha hecho el que puede;
lo que sucedió y sucede
es cosa providencial.

No fué una mano cualquiera
la que en recuerdo del hombre
fijó temblorosa un nombre
en augusta calavera;

Fué que Dios, en su eternal
justicia así lo dispuso;
solo las letras las puso
el hombre... y las puso mal.

Fué que ni bronce ni piedra
su nombre llevar podía...
solo en su frente... cabía
este gran nombre: ¡Saavedra!

José Martinez Tornel.

SALUDO Á MURCIA.

EN EL TERCER CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DE
D. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

De la estéril region del Manzanares,
á la frondosa orilla del Segura

donde entre rosas, nardos y azahares
Murcia ostenta su espléndida hermosura;

En alas de ardoroso pensamiento
hasta vosotros vá la mente mía,
para decir ¡oh hermanos! lo que siento
en este fausto, inolvidable día.

No esperéis encontrar en mi palabra
frases mentidas de estudiado aliño,
sino el afecto que en mi pecho labra
con cincel invisible mi cariño.

Siento verme apartado de ese suelo
donde su airón columpia la palmera,
donde en mares de luz derrama el cielo
fulgor que por los aires rebervera;

Donde pródiga quiso la Fortuna
encantos esparcir de toda suerte,
donde ignorada se meció mi cuna,
donde hallaron mis padres santa muerte.

Mas este afan de todos mis instantes,
deleite vago y torcedor del alma,
hoy crece al ver que tributais amantes
á un egregio murciano eterna palma.

Recuerdo que á la falda de una sierra,
que entre altivos y rudos peñascales
el venerando santuario encierra
de la Madre inmortal de los mortales;

De aquella á quien postrado el Angel can-
que de Dios alcanzó sólio y corona, (ta,
y que, de gracia pura Fuente Santa,
es nuestra excelsa, virginal patrona;

Duerme una villa con renombre hermoso,
de naranjos en flor medio cercada,
donde él el grande Saavedra vió gozoso
la luz vital en ínclita morada;

Y me parece que asordando el viento
resuenan hoy por él en mis oídos
de la campana el argentino acento
y vítores y aplausos confundidos.

¡Oh cuánto, cuánto aflige al alma mía
no poder entre palmas y entre flores
compartir esa cándida alegría,
y mezclar mi clamor á esos clamores!

Tambien recuerdo el templo sacrosanto,
de la insigne ciudad honra y decoro,
cuyas góticas naves entretanto
hace vibrar el órgano sonoro;

Y al par escucho la oracion sentida
de agosto rito y sacerdote austero
por el descanso del que fué en la vida
docto varón, piadoso caballero.

¡Cómo quisiera yo tambien ardiente,
por esas naves hoy no solitarias,
á la voz de la Iglesia penitente
mis lágrimas unir y mis plegarias!

¡Inútil anhelar! ¡Vano deseo!
Con la ilusion mi sentimiento engaño:
si veros triste y escucharos creo,
es porque con el alma os acompaño.

Cantad al hombre cuya inmensa gloria
fué de la ciencia y las virtudes fruto;
yo tambien, cual ofrenda á su memoria,

un óbolo modesto le tributo.

Y tú, Murcia gentil, que recibiste
del alto cielo galas con que ornarte,
premia á tus hijos en que honrada fuiste,
sostéa á los que luchan por honrarte.

Uno verá en el otro cuando alcanza
laurel eterno que en su frente pones,
el mayor incentivo á su esperanza,
el mejor galardón de sus acciones.

Yo que ilustrar no puedo tus anales
mi amor te ofrezco, de tu sangre ufano,
pobre para lo mucho que tú vales,
grande para el que cabe en pecho humano.

Antonio Arnao.

Madrid, 1884.

A MURCIA.

EN EL CENTENARIO DE SAAVEDRA FAJARDO.

Murcia, la hermosa Murcia, que vives reclinada
sobre mullida alfombra de perenal verdor:
la Reina siete veces de gloria coronada;
la Reina de un gran reino, unjida y proclamada;
la Reina de las flores; la Reina del amor.

Hoy hermosa cristiana, ayer hermosa mora;
la que es de suyo hermosa, lo es siempre y por
eras entonces rica y rica eres ahora; (doquier
el enemigo tiempo, que todo lo devora,
no amengua tu riqueza, no amengua tu poder.

Murcia, de campo y huerta preciada labradora;
tu crias en los valles de tu region feraz
la delicada seda, la vid embriagadora,
la hespéride manzana, la palma triunfadora,
el lauro de la guerra, la oliva de la paz.

Desde tu excelsa Torre dominas la llanura;
de aqueste lado el monte, del otro lado el mar;
y corre en torno tuyo pacífico el Segura,
llevando á tus sembrados la vida y la frescura,
vistiendo tus jardines de nardo y de azahar.

Tú mas que nadie elevas al cielo refulgente
sobre dorado globo la sacrosanta cruz;
y al despuntar el alba por el remoto oriente,
desde el valle aun en sombras, ve tu devota gente
en tu bendita insignia, reverberar la luz.

«Lealísima» te llaman; y en serlo mereciste
el timbre mas honroso de tu ínclito blason,
del grande Alfonso el Sábio la predilecta ruista,
contra su «Bravo» hijo su trono defendiste;
y él al morir en premio te dió su corazon.

Y cuando el «Cerso» altivo con impetus artera
contra un Fernando amado sus águilas lanzó,
tus nobles Fulgentinos volaron los primeros,
los libros y las plumas trocaron por aceros;
murieron casi todos; pero ninguno huyó.

Que da tu heróico suelo gallardos lidiadores,
siempre á morir dispuestos, si ansiosos de vencer
y crea este sol tuyo inquietos pensadores,
políticos insignes, poetas y pintores,
astros del almo cielo del arte y del saber.

Así fué el gran SAAVEDRA, el héroe de este día
político y soldado, poeta y prosador.
Las cortes de la Europa llenó su nombradía,
y el español imperio, do el sol no se ponía,
honró con sus escritos, pasmò con su valor.

Viviendo fué glorioso, en él no se cebaron
ni el odio, ni la envidia, por gracia sin igual;
y es hoy aun mas glorioso: los siglos que pasaron
en vez de oscurecerlo, su brillo acrecentaron;
y ya, venido el tiempo, Saavedra es inmortal.

Y tienes otros cientos dignos de eterna fama;

Ella, tu romancero; Salcillo, tu escultor; (ma,
y el rey de nuestra escena; y el rey del negro dra-
yel que en sus dulces versos la Religión proclama,
y el de tus bellas flores suavísimo cantor.

Helos ahí; son tu orgullo, tus glorias verdade-
miral: todos ellos merecen galardón. (ras;
Si repartir coronas espléndida quisieras,
con todos tus laureles bastante no tuvieras;
tantos tus nobles hijos, tantos y tales son!

Todos ellos brota ron de tu fecundo seno;
Honra los, que se afanan por merecer tu amor.
Honra todo lo grande, honra todo lo bueno,
si buena y grande a spiras à porvenir sereno,
si quieres ser honra da con inmortal honor.

Lope Gisbert.

Murcia 6 Mayo 1884.

Al ilustre murciano

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

EL GENIO.

¿Es tan sólo vital materia el hombre?
¿Es su vida el efecto de una causa
que existe en su organismo? El pensamien-
que sus acciones rige ¿debe solo (to
la facultad potente al ciego acaso,
es no más, del cerebro, una continua
secreción de las masas que lo forman
¿nada hay más allá? Gentil locura,
que, siendo un desvarío, le engrandece;
porque ella dice cuánto puede el hombre
¿a dónde llega su saber profundo,
que hasta el arcano impenetrable y hondo
de su vida, pretende con anhelo
adquirir. Mas ¿quién es? Cual es la causa
que así al humano pensamiento eleva
a las bellas regiones infinitas
del saber? El espíritu? El acaso?
Una tan sólo es la verdad, y hermosa,
que se muestra refulgente y pura:
Dios, que es lo necesario y absoluto,
es centro de verdad y de belleza;
y todo cuanto es y cuanto ha sido
de la inmensa Creación, con su invisible
poder supremo, ordena eternamente.

Entre las misteriosas creaciones
de Dios, hay una, como todas, bella;
como todas magnífica y más grande
que los inmensos mundos que coronan
la azul esfera. Es la luz divina,
que naciendo de un foco misterioso
llega hasta el hombre; su cerebro inflama
con sacra inspiración, y como incienso
en el fuego vertido, que, al quemarse,
en espirales aromosas sube,
así esta luz brillante, esplendorosa,
refléjase en las obras ciclopeas
que alza la humanidad, como patente
prueba del fuego sacrosanto y puro
que arde en la mente del mortal. Divina
y refulgente luz, que dirigiendo
la marcha de los pueblos y las razas,
deja á su paso, cual ligera nave
cuando resbala por el mar, la estela
brillante que señala su camino:
y esa esplendente luz que orna la frente
del hombre, tiene venerando, hermoso,
un nombre augusto: *Genio*.

Cuando alzando

su vista á lo infinito el sér más bello
de la Creación, y tiende escrutadores
sus ojos por la esfera ilimitada
donde ruedan los mundos en sus ejes

invisibles, y anhela el misterioso
arcano descifrar, de cuanto nace,
de cuanto ha sido y es, si llega un punto
á comprender no más de la grandeza
que estático admiró ¿debe á sí sólo
la idea que le mostró clara y fecunda
tan hermosa verdad? Sin esa llama
que ilumina su mente ¿emprendería
las inmortales y sublimes obras
que deja en su camino? Si las flores
no tomasen la luz del astro de oro
que los espacios llena, ni perfumes,
ni vida, ni color ostentarían
sobre el tallo, ufanas, que en la sábia
gradación de los aires, la materia
vive de la materia, pero el alma
vive sólo de Dios. Mas ¿qué es el Génio
para ejercer, potente y soberano,
su influjo sobre el hombre? Algo es que vive
y á la humana razón siempre se oculta.
Parte espiritual de nuestra vida:
incomprensible amor á lo infinito:
es del Sér *perfectísimo* el reflejo,
es, en fin, creación tan portentosa
del divino poder, que á veces sube
tanto en su libre vuelo y tanto escala
las celestes alturas, que allí toma
parte de lo inmortal, y vuelve al mundo
rodeado de luz, iluminando
con su limpio esplendor los monumentos
que altivo eleva con su ciencia el hombre.

¡Salve, Génio inmortal, yo te saludo!
Tú que desde el principio sobrevives
en invisible espacio, y te coronas
rey del humano pensamiento, y llenas
de bellezas el mundo. Tú que miras
amontonarse siglos sobre siglos,
y ves desaparecer razas y pueblos
por la inercia del hombre, ó por las luchas
fratricidas, que llevan el destrozo,
la miseria y el mal á los hermanos,
y en calma imperturbable, nuevamente
vuelves á iluminar con tu grandeza
la faz del mundo. Tú que eres lo bello,
lo grande y lo magnífico, ilumina
con claro resplandor mi pátria amada:
que en el brillante cielo de su gloria
fulgure la verdad como ornamento;
la belleza y la paz, y que sus hijos
vivan siempre inspirados con tu aliento.

José María García.

Si en tus blasones, Murcia, no ostentaras
emblemas de lealtad y de hidalguía,
si otros hijos ilustres no contaras,
á tu fama y renombre bastaría
que pátria de Saavedra te llamaras.

No un alarde de patrio sentimiento,
ni la lisonja vil mueven mi labio
cantando de Saavedra el gran talento,
el mundo entero le proclama sábio
y al coro universal uno mi acento.

Si al artista de mágicas creaciones,
ora los pueblos, ora las naciones
alzan estátuas de eternal memoria,
¿Qué merecen entonces los varones
que enriquecen los libros de su historia?

Los que solo á su pátria se debieron,
y en su leal servicio envejecieron,
y á su querida pátria consagraron,
las luces que del cielo recibieron
y el láuro inmarcesible que alcanzaron!

Y esos sábios de rara inteligencia (do.
¿No han de tener un culto? Y muy cumpli-

Culto eterno, perpétua reverencia,
sus libros les escudan del olvido
que son los monumentos de la ciencia.
¡Pero cuánto martirio y cuanta herida
para alcanzar la fama enaltecida!
Y en llegando á la cumbre de la gloria
¡Qué amargos desengaños de la vida!
¡Qué helado el corazón, y cuanta escoria!
¡Oh venturosa edad, en que la mente
eleva poderosa el ráudo vuelo
en busca de otra luz y de otro ambiente,
que son los goces que le ofrece el suelo,
poco, muy poco, á su anhelar vehemente.

Y al llegar á esa edad de la poesía,
como las aves cuando rompe el día
deja Saavedra el amoroso nido
y en alas de su rica fantasía
á otras regiones se lanzó atrevido.

Y por doquiera su talento alcanza
merecidos aplausos y favores;
su camino sembrado está de flores,
en realidad se torna la esperanza,
y le abruman de láuros y de honores.

Pero la envidia, la fatal envidia,
que no solo en el cedro levantado
deja su duro diente señalado,
sí que también lo clava con perfidia
en los espinos y en la flor del prado.

Esa pasión innoble y perniciosa,
enemiga del alma generosa,
del honor, de la fama y de la suerte,
que implacable, tenaz, torpe y sañosa
á su víctima sigue hasta la muerte.

Esa pasión cruel que no se sácia
de rasgar corazones con sus presas,
que todo lo atropella con su audacia,
ella la causa fué de la desgracia
del inmortal autor de *Las Empeñas*.

¿De la desgracia? No, que vive pura
dentro del corazón su fé cristiana,
y ella le fortalece y le procura,
un asilo de paz y de ventura
donde no llegue la miseria humana.

Desgracia es el caer de la opulencia
arrastrando el honor en la caída
y legar una historia envilecida,
llevando un torcedor en la conciencia
que haga imposible soportar la vida.

Pero Saavedra, nó, llegó al convento
sin oír esa voz dentro del alma
que produce terror y abatimiento,
llegó buscando la preciosa calma
cansado el corazón y el pensamiento.

En el claustro, su espíritu gigante
á Dios se acerca más con más profundo
y fervoroso amor á cada instante,
se eleva su oración tierna y amante
al Dios clemente Redentor del mundo.

Y en la plegaria que del alma brota,
y con el llanto que su rostro empañía,
á Dios le pide por la triste España,
por que vé la bandera odiada y rota
y en todas partes renacer la saña.

Y el que sábio, valiente y caballero,
á su pátria sirvió con tanto brío,
domando la altivez del extranjero,
sintió en el corazón intenso frío
de su España mirando el derrotero.

Y en el período aquel de decadencia
en que el cielo de España se nublabá
y negra tempestad amenazaba
y el grito de la ansiada independencia
por uno y otro pueblo resonaba;

Perdió también la pátria al eminente
y severo escritor, sábio profundo,

político sagaz, alma creyente,
sublime corazón y astro fulgente
capaz él solo de alumbrar un mundo.

Hoy que guardas ¡oh Murcia! en santo
los restos de aquel hijo esclarecido (templo
que de ciencia y virtud fué noble ejemplo,
hoy que alegre y dichosa te contemplo
por que reparas tu culpable olvido;

Por tus hijos sacude tu pereza
y que en ellos estén tus ojos fijos,
que ellos formen tu orgullo y tu grandeza;
la gloria de las madres son sus hijos
y el olvido en las madres es vileza.

Virgilio Guirao.

2 Abril.

GLORIAS DE MURCIA.

Cante mi patria el himno de su gloria;
escriba de su historia
páginas mil que ensalcen su grandeza,
y broten en sus mágicos vergeles
las palmas y laureles
con que el génio corona su cabeza.

Lleve la fama su glorioso nombre
para que al mundo asombre,
y allí do aliente un corazón hispano,
haga latir la generosa fibra
que al entusiasmo vibra,
con acento potente y soberano.

Murcia, Murcia gentil, bella sultana,
la rosa más galana
que jamás arrulló la primavera,
ayes frescos y tupidas frondas
quiebra el áura sus ondas
y canta el ave dulce y placentera.

Do sus bosques el ámbito perfuman
y de frutos abruman
la débil rama que se inclina al peso,
y su néctar la vida derramando,
hasta en el aire blando
hace sentir su apasionado beso.

Reclinada en la alfombra que el Segura
esmalta de verdura
y borda en franjas de vistosas flores,
á los rayos del sol alza su frente
donde brilla esplendente
la aureola inmortal de sus amores.

Feliz y hermosa, sus tranquilos días
desliza entre alegrías
que aumentan sus hechizos eternos,
y al par que galas con orgullo ostenta,
noble y augusta cuenta
de sus hijos los triunfos inmortales.

Triunfos del génio que fulgores vierte,
y el pasado convierte
en argentado y trasparente velo,
do la gloria, á través, muestra sus huellas,
cual muestran las estrellas
su clara luz tras el crespon del cielo.

¿Quién con Murcia compite? En los floros
que esmaltan los blasones (nes
de su lustre y nobleza, entrelazados
véñse, cual rico y sin igual tesoro,
entre esmeralda y oro,
cien nombres, por los tiempos venerados.

Fátima allí destácase en la cumbre

vertiendo pura lumbre
de su númen que al árabe fascina,
y al eco de su voz, dulce y suave,
como el trino del ave,
naturaleza ante sus piés se inclina.

El arpa suena de Jacinto Polo
cual la lira de Apolo
del sacro Pindo en la risueña falda,
y escribiendo de Murcia los anales
surge inmortal Cascales,
la sien ceñida de gentil guirnalda.

Copiando de los cielos la belleza,
del arte la grandeza
muestra Villacis con pincel divino;
Ruiperez y Pascual sus huellas siguen
y láuros mil consiguen
que abrillanta la mano del destino.

Bergáz el mármol al cincel doblega
y opulento despliega
el lujo de su ardiente fantasía:
Soriano al arte un monumento labra,
y su inmortal palabra
es la voz del sonido y la armonía.

También Salzillo, inspiración gloriosa,
con mente prodigiosa
surca del cielo las etéreas salas,
y de su númen al potente aliento,
brotan como un portento
un mundo nuevo de riqueza y galas.

Y como faro que en inmensa altura
en clara luz fulgura
y se alza ingente sobre el mar bravío,
el gran Saavedra, del hispano gloria,
gigante de la historia
hace allí de su génio el poderío.

Y por si Murcia, de su lustre avara,
más timbres anhelara
para ostentar su imperio sin segundo,
amante, al punto, á la triunfal corona
su grandeza eslabona
Floridablanca, admiración del mundo.

Y Selgas y Romea, en cuya frente
con un rayo fulgente
desprendido de Dios; el nímbo brilla,
aun encienden el pecho de entusiasmo,
y absorta, en mudo pasmo
España entera su cerviz humilla.

¡Oh gloria sin igual! La horrenda muerte
que hasta en polvo convierte
los palacios que eleva el despotismo,
á las plantas del génio aprisionada,
su diestra ensangrentada
detiene, y rueda al fondo del abismo.

Murcia, henchida de amor, con noble
abre en su seno un templo (ejemplo
para dar á sus héroes fiel tributo,
donde al calor del maternal regazo
brote el estrecho lazo
que une á la madre con su dulce fruto.

Y así arrancando del eterno olvido
el nombre esclarecido
de los que forman su glorioso emblema,
nuevos laureles y esplendor alcanza,
y el sol de la esperanza
alumbra y orna su gentil diadema.

Oh! cante el génio de la patria mía
con dulce melodía;
tienda el espacio con su voz gigante;
el viento cruja entre el aplauso inmenso,
y el ánimo suspenso
himnos de amor del corazón levante.

Y las hijas del Táder cristalino,
cuyo rostro divino
es de la aurora admiración y encanto,
con guirnalda de mirto coronadas,
también alborozadas
al cielo eleven su armonioso encanto.

Y cuando el tiempo en su rodar violento
con destructor aliento (to
hombres y siglos en su seno esconda,
de Murcia al nombre por la fama escrito,
con resonante grito
el eco de sus triunfos aun responda.

Andrés Blanco y García.

¡El Génio! luz brillante en la esfera del pensamiento humano, centro de donde parten como fulgentes rayos, las ideas que impulsan el progreso, que enaltecen la civilización, voz solemne que conmueve todos los corazones, que penetra todos los sentidos.

¡El Génio! vedlo en la edad presente en Lessep, enlazando dos mundos por medio de una cinta de plata; en Edison, profundizando los secretos de la ciencia, para retener y reproducir la voz humana; en Victor Hugo, robando á la mente ideas luminosas para la sociedad; en Castelar, adivinando, mejor dicho, creando la belleza de la palabra, de la frase, en la sublimidad del pensamiento, para cantar el amor á Dios, el amor á la patria, el mundo del espíritu, del sentimiento, del arte; vedlo, por fin, como destello de la divinidad, vivir siempre en las generaciones y en la historia.

Homero, el vate privilegiado de la Grecia, cantó sus inmortales poemas, la Iliada y la Odissea, y aquellos acentos, aureola divina de su gloria, resonaron en el orbe para no extinguirse nunca.

Los cantos de Horacio y de Virgilio, anatematizando la guerra, en el siglo de oro de la poesía latina; la voz sonora de Cicerón, aplaudida por la muchedumbre romana; el triste acento del Tasso; el grito desgarrador del Dante, proscrito de su patria; la irónica carcajada de Cervantes al arrojar al mundo el canto de la locura humana; resonaron también á través de los tiempos y siguen magestuosamente su marcha, para ser el asombro de las edades que vendrán.

Esta es la mayor grandeza á que pueden aspirar las creaciones de la inteligencia; esta la gloria conquistada por Saavedra Fajardo.

¡Saavedra Fajardo! este hermoso país nació blanda y cariñosamente su cuna; este poético suelo, perfumado con el azahar de sus bosques de naranjos, sombreado de gigantescos árboles, bordado de flores, como de estrellas el firmamento; de cielo tan puro, como radiante el sol de los espacios; de aves tan elocuentes en sus trinos, como sublimes las manifestaciones de la creación; de mujeres tan espléndidamente bellas, como deliciosa la brisa suave de los campos; este poético suelo, agitó dulcemente las ilusiones de su juventud, las esperanzas de su vida, que fueron como los vagos primitivos rumores de su portentosa imaginación.

Leed sinó sus obras, y beberéis en ellas, en lo elevado de sus ideas, las aguas del arroyo límpido de sus inspiraciones, en el espinoso campo de la política, en el árido y escabroso de la filosofía, en el instructivo y ameno de la historia.

Leed sinó sus hermosas máximas, y descubriréis en ellas, á través de ese profundo y severo juicio con que las reviste, de esa sábia doctrina con que las dulcifica, de esas galas del ingenio con que las adorna, un corazón que transparenta la virtud, un alma que destella la luz de la moral mas pura, una inteligencia que asciende á todo lo que es sublime, para llevar á otras almas, á otros corazones, á otras inteligencias, todo lo que es bello, todo lo que engrandece y dignifica.

Ovidio, el poeta del sentimiento, cantará deli-

ciosamente el placer, la dicha de la vida; la apasionada Safo, modulará sonidos arrebata-dores, como el amor ardiente que sentia; Goethe, sus-tes melodias y dulcissimas baladas; Saavedra Fa-jardo, el ilustre y virtuoso escritor, recibirá por hilos invisibles la inspiracion del cielo, tendrá ambiente de aquel ambiente, luz de aquella luz, vida de aquella vida; reflejará con los fulgores del gé-nio la grandiosidad del pontificado, de la religion cristiana, fuente purísima de nuestras mas gratas impresiones; despertará con la dulzura de su voz, con lo expresivo de sus acentos, á los que duermen el sueño del escepticismo, y renacerán á la virtud y á la vida del sentimiento, y al pasar las edades, Murcia, el país clásicamente bello, se hon-rará por medio de sus hijos, ante los restos de Saavedra Fajardo, y grabarán este nombre en el Augusto templo de la inmortalidad.

Tomás Galiana.

CANCION HERCÓ-ELEGIACA.

Las cenizas de los varones he-roicos se conservan en los obe-liscos eternos del aplauso co-mun.—«Empresas Políticas».

SAAVEDRA FAJARDO.

Despierta, hermosa ninfa del Segura,
al dúlcido cantar de ruiseñores,
en el mes de las flores,
donde visten los campos galanura
y las mieses doradas,
escucha la armonía de las hadas
que llaman al concierto,
y no te apene el féretro de un muerto:
ni los nobles corceles enlutados,
ni las carrozas que los restos llevan
que se vieron tres siglos olvidados!

El corazon y el alma,
á sentimientos lúgubres no elevan,
que es la feliz memoria
de aquel varon ilustre que su palma
inmarcesible recibió en la historia.
Tal vez ostente el huracan su fúria
y el tiempo, su tributo demandando,
estátuas derribando,
el bronce y mármol sufran ¡ay! injuria.
Mas, como dijo Horacio,
la fama vive eterna en todo el Lácio,
por eso Murcia á una
recibe los aplausos de tu cuna.

Miremos la materia como un signo
para elevarnos al celeste otero:
aquella luz gloriosa
de Augusto con mis éxtasis prefiero,
aunque fuese engañada,
á oír la Parca en noche tenebrosa
decir «Saavedra» ¡todo está acabado!
La ciencia de Herodoto cultivaste,
el habla de Castilla no ofendiste,
de Salamanca fuiste
la gloria cuya fama realizaste.
Das á un príncipe ilustre altas ideas,
en las que brilla la moral cristiana;
parece que con ella te recreas,
mostrándola tan pura
cual lo castizó de la lengua hispana.

Recibe de este suelo,
aunque á tu gloria sea luz oscura,
el justo aplauso que te manda al cielo.

Ilustres académicos reunidos,
á su memoria haced un homenaje,
y en sublime lenguaje
decidle que le estais agradecidos
al que por nuestra gloria
lo fué en humanas letras y en historia.

Los campos y jardines

dejad sin avecillas y sin flores,
bellísimas doncellas del Segura;
poetas é inspirados trovadores,
con lirás y laudes
del ruiseñor que canta en la espesura.
los trinos concertando,
cantad del gran Saavedra las virtudes,
que en el empíreo las está escuchando.

Gloriosa Murcia ostente noche y dia
ricos adornos, luminarias bellas,
que copien las estrellas,
la aurora, el cielo azul y su armonía.

Del templo en lo sagrado,
son tus restos el mejor dechado,
de gloria acrisolada,
de propios y de extraños codiciada;
si en el espejo de tu mármol vieras
un alma reflejarse, que la inspires
lo que en el mundo para tí quisieras,
sirviéndole de ejemplo
con tus virtudes, y por ella mires;
pues todo me asegura
que de la gloria en el egregio templo
benedicirás los hijos del Segura.

Nicolás Acero y Abad.

A SAAVEDRA FAJARDO ANTE SUS RESTOS.

¡Ah Saavedra, Saavedra! Junto á estos
despojos de tus restos,
páreceme sentir que flota errante
tu espíritu sublime, y aún que espira
el canto de mi lira
ante tanta grandeza vacitante.

Cuando á tu lado, pensativa y triste,
pregunto lo que fuiste
me responde una voz dulce y secreta:
«Estos restos, que ves, son los de un hom-
que gozó de renombre, (bre
que fué sabio, y político, y poeta.»

Fuiste poeta, sí. Que es la poesía
divina luz que guía,
á todo cuanto es grande, al pensamiento:
luz que en el fondo de las almas arde
como si sólo aguarde
para brotar, el choque del talento.

Tu sentiste en tu alma el sacro fuego
que el mundo admiró luego
en las obras sublimes que dejaste.
Al repasar de la española historia
las páginas de gloria,
como el poeta sueña, tú soñaste.

Y en tus sueños, la espada de Pelayo,
cayendo como el rayo
sobre el fiero enemigo, te hechizaba,
pensabas que sin ella tan bravía,
tal vez hoy se vería,
la española nacion, del moro esclava.

Y pasaban, después, ante tu vista
en mágica revista,
aquellos invencibles escuadrones,
honor de nuestros reyes, que lucharon
hasta que al fin plantaron
En Sevilla y Granada sus pendones.

No era el furor de la cruenta guerra
que, asolando la tierra,

siembra doquier espanto, luto y pasmo;
lo que llenaba de tan justo orgullo
el noble pecho tuyo
al mirar hacia atrás con entusiasmo:

Era ver la península española
reuniendo en una sola
tánta y tánta corona empobrecida;
era cada victoria, cada hazaña
de los hijos de España
formáncolas á costa de su vial

Pero el sueño de gloria y de ventura
para siempre no dura,
las ilusiones pasan con los años
y las tuyas, Saavedra, las perdiste
cuando apenado viste
el presente de amargos desengaños.

La noble España de Isabel primera
que orgullo te infundiera,
perdiendo su grandeza y poderío,
marchaba hacia el abismo tenebroso
cual corre impetuoso
al hondo mar el caudaloso rio.

Al mirarla caer, un pensamiento,
grande cual tu talento,
halló vida en tu mente creadora:
quisiste, convirtiéndote en su egida,
detener su caída
y que volviera á ser reina y señora.

Por eso alzando audaz tu noble frente,
enérgico y valiente,
emprendiste la lucha con denuedo;
como cincel que con sus golpes labra,
tu mágica palabra
ni se cansó jamás, ni tuvo mie lo.

Mas al hacer esfuerzo sobrehumano
ay! luchabas en vano
por sostener la exhausta monarquía,
que marchaba impelida hacia el abismo;
tal vez el peso mismo
de su inmensa grandeza la perdía.

No la viste caer porque la muerte
redujo á masa inerte
tu cuerpo; mas cayó, cayó tan bajo,
que pudo algun tirano adormecerse
con la ilusion de hacerse
su dueño, sin fatiga, ni trabajo.

Embriagado, soñando la victoria,
borró de su memoria
que el hijo de esta tierra, ardiente y bravo,
antes vierte la sangre de sus venas,
que consentir cadenas:
antes quiere morir, que ser esclavo.

Preteniendo, insensato, con su tropa
cambiar la faz de Europa,
y formar á su antojo las naciones
creyó que España cual las otras era
y mandó á la frontera
dispuestas al combate sus legiones.

Pero alzóse rugiendo el leon de España
y venció en la campaña
el soldado bisoño al aguerrido,
á aquel que torpemente le injuriara
forzóle á que temblara
el despertar de su valor dormido.

Y desplegada al aire la bandera
gloriosa y altanera
siguiéronla del niño hasta el anciano.
¡Con cuánto noble orgullo España cuenta
como vengó su afrenta,
humillando el orgullo del tirano!

Qué fué de tí entretanto? Fué turbado
el reposo sagrado
de la tumba y el templo, y el capricho
de hombres que sólo la codicia mueve,
quitó con mano aleve,
la losa funeraria de tu nicho.

Y rodando más tarde por el templo,
para admirable ejemplo,
de la inconstancia de la gloria humana,
fuiste prueba elocuente, y muda queja
de que tu patria deja
lo que hoy aplaude, en soledad mañana.

Mas todo ya pasó. Cubra el olvido
de estas fiestas el ruido,
la historia de esos días. La dulzura
conoce de la paz, ya que has probado
en el tiempo pasado
de guerra asoladora la amargura.

Estos pobres despojos, que á su cuna
han vuelto por fortuna,
para siempre tendran sepulcro honroso,
y la tierra bendita que te diera
tu inspiracion primera
á tus restos dará paz y reposo.

Y hoy y siempre, Saavedra, eternamente,
mientras el mundo aliente,
mientras vivan los hombres y la historia,
España ostentará con noble orgullo
escrito el nombre tuyo
en sus brillantes páginas de gloria.

María de Yarmouth.

Murcia 6 Mayo de 1884.

LA PAZ DE WESTFALIA.

La tenebrosa noche descuelga sus crespones,
sobre el caduco mundo que agonizante está.
Del tiempo, la campana con funerales sonos,
dobla por un pasado, que envuelto en los girones
de su tirana enseña, hácia el sepulcro vá.

Pera ¡ay! que en la agonía del último momento;
en la angustiada lucha de su postrer fulgor;
en su espirante queja; hidrópico, sediento,
cual tigre de venganza, esparce por el viento
el hálito de muerte de su infernal renaca.

No tiene el prado flores, ni viste la colina
su manto de esmeralda, ni sonriente el sol,
en aromoso seno de rosa purpurina,
al líquido diamante de gota cristalina,
no besa enamorado con besos de arrebol.

Ni al declinar la tarde el esquilon resuena,
del triscador ganado que torna á su redil;
la choza vuelta escombros; el campo sin verbena,
perdido, inculto, seco; y de silencio llena
la soledad no turba ningun cantar gentil.

Bandidos despiadados, el monasterio santo,
sacrílegos asaltan en noche de terror;
y blasfemantes, ébrios, no les aplaca el llanto
de pudorosa virgen, que lívida de espanto,
desesperada ruega, colgada al Redentor.

El ánimo medroso de la indefensa gente,
en estupor perplejo se siente agonizar;
y ya no lucha; rueda desde la roca ingente,

sin que la santa ofrenda del rezo balbuciente,
cual súplica, ante el trono de Dios vaya á rodar.

Y ya la noche cae; y la tormenta avanza;
la muerte ansiosa corre con ávido furor;
se espesan las tinieblas; aumenta la matanza;
y al horizonte negro el límite no alcanza
el alma sumergida en tribulante horror.

Que ni aun el techo santo de catedral bendita,
la vida del medroso consigue proteger;
que loca, sin respeto, sacrílega, maldita,
la turba despiadada, que mil blasfemias grita,
en el Sagrario Santo la sangre vá á verter.

En tan confuso caos, el mundo se estremece,
como Títan prensado en potro de crueldad,
se lucha en la tiniebla; y el día que amanece
en el sangriento hierro se mira y resplandece
indiferente, frio, sin saña, sin piedad.

Y cuenta ya tres siglos la lid desesperada,
en que el cortante acero esgrime la pasion;
y cuando el cuerpo rueda, la sanguinosa espada
descansa ¡bajo un muerto! que nadie en la jornada,
ni dá cuartel á nadie, ni pide compasion.

De santa Apocalipsis semeja aquello el día,
en que la vida toda se apresta á sucumbir;
en que á matanza toca la gran trompeteria
de la legion celeste, que el Poderoso envia,
con fuego, por sus culpas, el mundo á consumir.

Y pueblos y naciones y razas, el profundo
abismo de la sombra, se bebe sin cesar;
ni elige ni perdona, que al desplomarse el mundo,
la fé con la blasfemia, lo grande con lo inmundo,
en el sepulcro frio se vienen á mezclar.

Y los poderes ruedan; y no hay respeto á leyes;
la espada es la justicia; la fuerza la razon;
y la imperial diadema que diviniza á reyes,
rodando en los cuarteles de pretorianas greyes,
se vende en puja abierta de público pregon.

¿Qué maldicion al mundo su Infierno le derra-
ni qué profeta santo su destruccion cantó? (ma,
¿Es que ensordece el Cielo cuando la angustia lla-
(ma?
¿O, acaso Dios, al grito que compasion reclama,
para vengar ofensas, á su Luzbel mandó?

¿Por qué en la plaza hacinan la leña los sayones,
y dan fuego á la hoguera que abrasa al infeliz?
¿Por qué en el duro potro, que aprietan las pasiones,
se martiriza al hombre?... ¿Verdugos corazones,
de la piedad cristiana no os queda ni raiz?

Que nunca, como entonces, la mísera conciencia
en su pavor contrita, le pide á Dios piedad;
y en su gritado rezo, los brazos con demencia
alzando al Cielo, busca la Santa Providencia,
y entre su lloro ruega perdon y caridad.

Le reza al Dios del hombre; al que marcó el des-
(tino,
desde ab-eterno, el Padre, de darnos redencion:
al que perdona amando; á su Jesus divino,
¡No al del Sicario fiero, de faz de pergamino,
que quiere hacer un templo de infame Inquisicion!

Mas ¿cuando á la contienda sucederá la calma?
¿Cuando el arnés trenzado descenderá el doncel?
¿Cuando descansa el hierro? ¿Cuando la santa pal-
meceándose en los aires, le vaticina al alma, (ma,
que ha muerto aquella guerra de lucha sin cuar-
(tel?

¿Cuando...? muy pronto.. ¡ahora..! en el solem-
(ne instante
en que consiga el triunfo la santa libertad. tante
Que cuando quiere un pueblo ser libre no es bas-
para impedirlo el Mundo; pues quedará triunfante
de todos los Tiranos que aborte la crueldad.

Pues con sus propio cuerpo, rellenará el vacío
del foso de la fuerte despótica mansion;
y escalará sus muros, sin armas, ¡tiene brío!

y con su propia sangre sabrá formar un río,
en donde ¡ahogando despotas, sacuda su abyeccion

Por eso la república de Holanda, en su ardi-
(miento.
empuña el estandarte, y en la sangrienta lid,
su santa democracia lanzando el grito al viento
de libertad ó muerte, no ceja ni un momento;
que cuenta en la contienda por cada pecho un Cid.

Y la germana gente, su redencion buscando,
de su grillete infame sus armas forjará;
y la flamenca tierra, sin descansar luchando,
irá los santos lindes de su nacion fijando,
y libre su conciencia, su patria ganará.

Mas ¡ay! ¿por qué capricho terrible de la suerte?
¿por qué enigma que acaso se le ocurrió á Luzbel,
la senda del progreso serpea entre la muerte;
y tinta esta de sangre que en el combate vierte,
el ominoso hierro, desapiadado y cruel?

¿Por qué?... Porque la bestia de la reaccion mal-
sintiéndose acosada se encierra en su cubil; (dita,
y allí la busca el héroe, que con su sangre escrita,
la fecha memorable de redencion bendita, (ril.
del Tiempo en la ancha tabla de Dios graba el bu-

¿Y duerme España en tanto? La que domó al
(destino,
y dió la ley al Mundo que el Sol puede alumbrar;
la que jamás el je para llegar camino;
que todos son mejores, cuando se tiene el sino
de no emprender la marcha sino para triunfar.

La que naciendo un día del fondo de una cueva,
del agareno yugo la patria recabó;
y palmo á palmo el trono de su poder eleva;
venciendo palmo á palmo, que el pabellon que lle-
con huesos de sus héroes la tierra blanqueó. (va

La que agotado el Mundo del viejo continente,
en épicas victorias, el misterioso tul
rompiendo sin reparo, con su indomable gente,
sin norte, sin estrella, se lanza diligente
sobre la inmensa espalda del Oceano azul.

¡España! ¡Pobre España! ¡Al fin estás vencida!
¡Vencido y humillado tu nacional pendon!
¿Dó está de tus guerreros la grey esclarecida,
que nunca da la espalda por miedo de la vida;
pues solo estando muertos desertan de la accion?

Murieron todos, ¡todos! junto á su fiel caudillo,
por no ser derrotados siquiera ni una vez;
pues en sus propios pechos hundiéranse el cuchillo,
antes que la mancilla de la derrota, el brillo
emborronar pudiera de la española tez.

Ya está la lucha muerta, la lid ya terminada,
la herencia del Tirano en sangre se fundió.
No te vencieron, Patria, ni el dardo ni la espada;
vencióte la Justicia, pues no fuiste creada
para oprimir conciencias, y Dios te castigó.

Aquella raza exótica de despotas, queriendo,
con nobles castellanos el Mundo esclavizar,
en su locura hambrienta, se equivocó creyendo (do
que aqui nacen verdugos... ¡se muere aquí venciendo
cuando estrangera gente profana nuestro hogar!

Firmada la concordia y paz en el castillo
de Munster la conciencia, por fin liberta es,
ya el pensamiento puede lucir todo su brillo,
sin miedo á los tiranos, ni al fuego, ni al cuchillo;
que al fin dió fruto el libro del moro cordobés.

Saavedra, si tu génio por sí no se bastara
para escalar la cumbre do vive lo eternal;
si el sol de tu talento sin propia luz brillara,
y no faese tu nimen cincel que te gravara
el nombre en el Palacio que guarda lo inmortal:

Si con tu ingenio el lauro de ambicionada gloria
no hubieras conseguido; si con tu gran saber,
en las eternas tablas de la española historia,
por justa recompensa de fama tan notoria,
no fueras con derecho cepítulo á tener;

Bastárate, por nombre, representar á España, en el congreso grande que el mundo transformó. Bastárate que en Munster, dijeras á la estraña bandera, que tu madre, cuyo blason no empaña ni el sol, entre sus hijos por grande te eligió.

Bastárate que vieras al triunfador germano, de mi nacion el nombre, humilde saludar, que aun sucumbiendo España, su resto soberano recojerá por glorias todo el orgullo humano que pueden sus cenizas mil mundos calentar.

Por eso nuestra Murcia, la lánguida sultana de eterna primavera, de permanente abril: la del luciente día de plácida mañana, la que con ricas blondas de purpurina grana del pabellon del cielo, envuélvese gentil:

La que en cojin de rosas, dormita junto al rio, donde morisca gúzla sus pláticas cantó; la que jamás los goces le envenenó el hastío; que siempre pura, hermosa, en lánguido amorío, en camarín de flores la vida deslizó.

La que con pura nieve, de cumbre inmaculada, y con carmin celeste, fundiera á la mujer, y el corazon anima con lumbre consagrada por Dios á los amores de la pasion sagrada, (cer; que trueca en gloria el mundo y endulza el pade-

Viene amorosa, tierna, en tan solemne día tus lauros y tus glorias, ansiosa, á proclamar; viene á gritarle al mundo que es suya tu valia, y á recordarle al hijo la noble pátria mia que en este santo suelo se levantó tu hogar.

Tomás Maestre Perez.

Murcia 6 de Mayo 1884.

YO SABIA QUE ERA MURCIANO.

AL INMORTAL

DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

De los hombres de talla, nuestra historia nos trae á la memoria el talento y valia que ante tronos y pueblos demostraron en tiempos que pasaron: y al que á reyes les dió sábios consejos, opino, francamente, que ensalzarlo debiera solamente el vate que en el día disponga de elevada fantasía; y no el que principiante, como yo, por ejemplo, atrevido camina, llega al templo de las musas, mendiga un consonante y, sin reglas, ni nùmen, forma empeño en cantar al ilustre algezarreño.

Mas como es muy sabido, que en el siglo presente, la osadía presenta de estos casos cien al día, yo me he comprometido á cantar á Saavedra, y perdonadme la jaqueca ó sopor al escucharme.

No pretendo escribir tu biografía, político murciano del siglo diez y siete: ignoro lo que hiciste día tras día al ser hombre de Estado; y no quiero imitar á aquel pobrete cura que, inexperto, metió á Cristo en el huerto, y por más que apeló á todo recurso no lo pudo sacar con su discurso.

Si supe que tu cuna fué Aljezares, tierra fértil, tranquila y deliciosa, (que está entre los lugares que llaman de la Alberca y de Tiñosa,) sólo fué porque un fraile muy sensato de tí me estuvo hablando breve rato.

Cuando yo diez y seis años contaba, recuerdo que asistía á un colegio llamado Escuela Pía; en una de las aulas esplicaba, un padre reverendo, el mal reinado de Don Felipe IV, y dijo: «Este monarca desdichado á dos hombres les dió poder y brillo, á Saavedra que fué sabio y honrado y al nécto Conde-Duque que fué un pillo.» Y haciéndome una seña, con la mano, que era igual á decirme: ¡ten memoria! añadió el reverendo: «Nuestra Historia afirma que Saavedra fué murciano.» Yo que en Murcia he nacido, desde en-

(tonces, tu nombre ¡oh Saavedra! he pronunciado con indecible agrado, sintiendo que en tu pueblo no haya bronni un mermol, ni un grabado, (ces, que recuerde á los de hoy a cada instante que en talento y honor fuiste gigante.

Quizá, por que en el día está admitido salvar un pabellon comprometido, con variar un ministro ó el gobierno por otro, aunque sea el del infierno, creerán que no es hazaña que merece alabarse discutir y alcanzar paz para España sin tener el Leon que avergonzarse. Por eso, si mis fuerzas igualaran siquiera á la mitad de lo que quiero, mis versos, de esta noche, se bastaran para hacerle saber al mundo entero, que los génios cual tú, hay que adorar con ciega idolatría, (los hora estén vivos ó en la fosa fria.

Más, comprendo que en letras soy pig-en política. cero; y por lo tanto, (meo; el eco de mi canto no ha de hacer realizable mi deseo.

Sin duda, mi lenguaje casquivano á Saavedra ha ofendido; lo comprendo, y por ello, ahora mismo, de él pretendo me dispense, que al fin, soy su paisano.

Tu perdon ¡oh Saavedra! necesito por haberme ocupado de tu nombre, que siempre he repetado, ¿Más, qué remedio darle si está hecho? Si dispensas me quedo satisfecho: y al otro Centenario, yo prometo no cantarte ni en silva ni en soneto.

J. A. Soriano Hernandez.

Marcia 6 de Mayo del 84.

A SAAVEDRA.

¡Tambien á ti, gran Fajardo, la pátria que honraste un día el honor que te debía te pagó con gran retardo!

De cuantos génios han sido fué común y triste suerte sufrir en muerte otra muerte más espantosa: el olvido.

¿Qué importa que vengadora del polvo en que se les tiene siempre en el tiempo resuene de las justicias la hora?

Renace su fama, medra, ante ella el mundo se humilla, cubrir quiere su mancilla con monumentos de piedra;

Y en vano busca en su afan lo que ignorar le desdora: cuando alza el tùmulo, ignora

dónde los huesos están.

¡Realidad, presente impuro, aparta, soñar ansío; recobra tu antiguo brío, gran Saavedra, á mi conjuro; Y dame, sombra querida, que pueda olvidar al verte, desengaños de tu muerte con las glorias de tu vida.

Mas qué cuadro va a fingir mi engañada fantasía? Ura vasta monarquía que iba de ineptia á morir;

Un rey que *El Grande* pudieron menguados grandes nombrar, porque ávidos de adular con su ruindad le midieron;

Un torpe, audaz favorito que jamás en su conciencia de la pátria en decadencia oyó el lastimero grito;

El leon que siempre lidiaba, mas ya eclipsada su gloria le olvidaba la victoria causada de ser su esclava.

Y un pueblo sin otros fines que dar su sangre y su oro, para morir con desdoro y para impuros festines.

Sólo el arte entre esplendores, siguiendo su leal costumbre, sobre tanta podredumbre echaba un velo de flores.

El arte y tú, nuevo Atlante conteniendo en su caída la gran mole carcomida de un imperio vacilante.

Tú, que apurando la copa de nuestro muerto prestigio, obrabas el gran prodigio de sostenerlo ante Europa.

Tú *El Grande*, el más eminente de aquella generacion, sobre cuya corrupcion alzabas la pura frente.

Que besaba con tristeza de su ocaso en el desmayo el último débil rayo del sol de nuestra grandeza.

Si alguna vez tu destino viste á través de tus años, reparando agenos daños incesante peregrino,

Bien pudiste desear prósperos tiernos serenos para tu vejez, ó al menos en la tumba descansar.

Y que allí de gloria tanta, legada á la hispana historia, te guardasen en memoria como una reliquia santa.

Mas ¡ay! ¡Ilusion falaz! Nacidos para la guerra, en nuestra española tierra, ni aún los muertos logran paz.

Miro extranjera legion, profana osar á tu tumba, un claustro que se derrumba sobre tal profanacion;

Luego... sombra; nuevo ultraje que hace á tus huesos la incuria, entregados á la injuria del tiempo y de su oleage;

La armadura ya deshecha con que en paz tanto venciste

y que al suelo en que naciste
hoy llega rota y maltrecha,

Como en pos del temporal
piadosa ola murmurante,
restos del naufrago errante
deja en su playa natal.

Que nos queda? ¡Ay Dios! ¿Apenas?
un mundo cráneo vacío,
recogió tu pátrio río
en sus doradas arenas.

Más ahí que vale un tesoro
de tan excelsa valía
que ya de la pátria mía
será el principal decoro.

Resto digno de tu nombre:
en tan augusto aposento
habitó tu pensamiento,
y el pensamiento es el hombre.

De su cavidad oscura...
¡Cuán anchuroso el espacio!
Moradas como un palacio
Dios al génio le procura.

¡Cuanto lujo y opulencia
esa bóveda vería
cuando en su centro pendía
la luz de tu inteligencial

Dando á la mente recreo,
¡qué peregrinas pinturas,
de alegóricas figuras
en fantástico museo!

Por sus espaciosas salas,
¡qué gallardos y gentiles
pensamientos varoniles
con ricas, severas galas!

¡Qué de brillantes ideas,
cuyo cándido ropage
ornó después el lenguaje
de retóricas preseas!

Allí el valor que se ufana,
el honor y el patriotismo
departen del heroísmo
con la altivez castellana.

Allí el tardo meditar,
el rápido resolver,
la audacia para emprender,
el teson para triunfar.

El saber que no se sácia
y todo indagarlo anhela,
en la sombra la cautela,
maestra de la diplomacia.

Todo el pasado esculpido;
cuanto pasaba en redor;
como en profético albor,
mucho que después ha sido.

Y tanto elemento váric
fundiendo en bella armonía,
la fé de Cristo que hacía
del recinto un santuario.

De allí, en sonoro raudal
de magestuosa corriente,
fluyó el saber elocuente
para enseñanza inmortal.

De allí la dulce ambrosía,
la esencia, el divino aroma
de las flores del idioma:
la embriagadora poesía.

De allí, como de un crisol,
limpio de exótica escoria,
dando destellos de gloria,
el puro idioma español.

De allí el consejo profundo,
la docta y blanda censura,
su ser entero en su hechura,
las obras que aplaude el mundo.

Tuviera yo el alto don

del nùmen que el alma inflama,
y en digna voz de tal fama
brotára mi inspiracion.

Lucid, vates, los primores
de vuestro canto armonioso;
ciñan la sien del coloso
de vuestro ingenio las flores.

Yo absorto al son celestia!
veré en su magnificencia
el vaso de aquella esencia,
la fuente de aquel raudal.

¡Y resto de tal cabeza
de emblema sirvió en un templo!
No hallaron para alto ejemplo
resto de mayor grandeza.

Ah! No más peregrinar
ignorado, ni insepulto,
ya tu pátria te dá culto
y el entusiasmo un altar.

==

Hoy que en postracion gemimos,
y el rostro en rubor enciende
ver que sólo nos defiende
la sombra de lo que fuimos;

Hoy que amaga una nacion
mancillar en nuestra mengua
nuestro último bien: la lengua;
el arte: ¡el postrer blason!

Hoy que va sin rumbo cierto
nuestra combatida nave,
y nadie el camino sabe
para arribar á buen puerto;

Y la virtud maravilla,
y es locura el sacrificio,
y logra aplausos el vicio,
si bajo artesones brilla:

Ante el mármol que te encierra,
vaya esta generacion
y en busca de inspiracion
hinque la rodilla en tierra.

Allí tus obras medite,
y halle en perdida calma,
dale la luz de tu alma;
que tus virtudes imite.

Y cada cual al sentir
regenerada su esencia,
para una nueva existencia
pueda ostentar al morir,
Como su mejor hazafia,
si no logra tu laurel
al menos una hoja de él:
¡ser hijo amante de España!

R. Sanchez Madrigal.

BOLETIN RELIGIOSO.

Santo de hoy. — La Aparicion de San Rafael arc.

Vela y Alumbrado. — Está hoy en las iglesias de San Miguel y Santa Clara.

En la primera por D. Antonio Lopez y Lopez, congregante, misas de media eu media hora.

Y en la segunda por D. Luis Senac y doña Antonia Huertos y su hija Sor Cayetana, religioso que fué de dicho convento; misas de hora.

CULTOS. — Continúan los Ejercicios piadosos de Las Flores de Mayo á Nuestra Señora del Amor Hermoso, en la iglesia de S. Agustín. Hoy predicará sobre «Pureza Virginal de Maria» D. Rafael Bernabeu.

INTERESANTE AL PUBLICO.
Desconfien de los elixires, tinturas, ó tesoros que no lleven el nombre del autor.

La perla maravillosa de la boca.

Preparada por Lorenzo Vicente y Moreno, practicante de Medicina y Farmacia.

Calma en dos minutos los más fuertes dolores de muelas. Afirma las vacilantes, preserva de la caries, y sarro; evita con su uso las irritaciones, fluxiones y mal olor del aliento.

Es el mas económico, pues un frasco que cuesta cuatro reales, dura tres meses.

De venta en la farmacia del Sr. Pino y Vivo, Príncipe Alfonso, núm. 1 y en el Bazar Veneciano.

ACADEMIA DE MATEMATICAS

BAJO LA DIRECCION DE

Don Antonio Massuti de Meneses,
individuo del Cuerpo de Estadística,
San Antonio, 34, pral.

Preparacion completa para el ingreso en la Academia general militar y Cuerpos de Estadística, Topógrafos, Telégrafos y Ayudantes de Obras públicas, cuyas convocatorias están próximas á anunciarse. Continúan las clases para el ingreso en el de Aduanas. Repaso de las asignaturas de ciencias para los exámenes del Instituto y Grado de Bachiller.

Horas de 2 á 5.—Honorarios convencionales.

24

CONFITERIA

DE FEDERICO MORENO, Vidrieros.

Pastas para el chocolate y para postres.

Bollos de Antequera, á 6 reales libra; madroños de manteca de vaca, 6; pastelillos suizos, 6; pasta de Viena, 6; pasta de viaje, 6; petisul, 6; rollos de Castilla, 6; rollos de Jaca, 6; rollos de hojaldra, 6; rollos de manteca de vaca, 6; rollos de manteca de cerdo, 6; rollos de carrucha, 5; rollos de hojarasca, 5; rollos á la portuguesa, 6; rollos de fresa, 6; rollos mallorquines, 6; rollos de Galicia, 6; rosca de aceite, 6; tallos de Venecia, 6; orejetas de fraile, 6; tortas de monas, 6; frailes dulces de huevo, 6.

GRAN BARATO

DE LOZA Y CRISTAL,

Calle de la Frenería, número 33.

Se acaba de recibir un completo surtido de calzado para la próxima temporada, con notable rebaja de precios.

15-14

DENTICINA INFALIBLE.

Lo saben todas las madres. Ni un sólo niño muere de la denticina, pues los salva aún en la agonía, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue diarrea y accidentes, robustece á los niños y los desencanija. Una caja, 12 rs., que remite por catorce el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Pontejos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España, y en las de Murcia y Cartagena.

60-12

SE DAN LECCIONES á domicilio, de todos los ramos que abraza la primera enseñanza, á precios sumamente módicos. Darán aviso, calle de Marmolejos, número 6. bajo. 25-10

ROBUSTIANO DELGADO,
PROFESOR

DENTISTA

Sucesor de D. Carlos Francelius.

Pone toda clase de dientes, desde uno hasta la dentadura completa, y hace todas las operaciones concernientes á su profesion.

Ofrece al público su gabinete, situado en esta ciudad, calle de la Sociedad.

Horas de consulta, diariamente, de ocho de la mañana á seis de la tarde.

LA LIDIA Periódico taurino semanal, de venta en la librería de D. José Ramirez, precio de un número 15 céntimos. Se admiten suscripciones á dicho periódico, un trimestre 3 pesetas.

6-3

Imp. de EL DIARIO, San Nicolás, 22.